

Capítulo 21. El ‘Caso Kastner’

Ben Hecht • Malquiel Greenwald • Shmuel Tamir • Benjamín Hálevi •
Rudolf Kastner • Tamir atrapa a Kastner • 1944 • Adolfo Eichmann •
Jaim Weizmann y Jaim Cohen • Joel Brand

No son lo mismo; de hecho, son inconcebiblemente distintos. Me refiero a los judíos del mundo y a los líderes judíos de Israel.

—Ben Hecht, *Perfidy* (1961:7)

A confesión de parte, relevo de pruebas.

—Dicho popular de los abogados.

El 29 de junio de 1955 el *New York Times* reportó sobre un juicio célebre cuya consecuencia política se explicaba en el encabezado: SE LE PIDE AL GABINETE ISRAELÍ QUE RENUNCIE. ¿Por qué? Porque “el juez,” reportó el *Times*, “falló que el Dr. [Rudolf] Kastner había colaborado con los nazis.”¹ Y Kastner era un alto funcionario del gobierno israelí.

Sin decir más, pedir la renuncia del gobierno pudiera antojarse exagerado. En la ecología de terror nazi inclusive algunos judíos habrían elegido salvar el pellejo a cambio de traicionar a otros, mintiendo sobre ello en la posguerra, con lo cual pudieron haber sido empleados, inocentemente, por el gobierno israelí. Puede suponerse, por ende, que detalles

adicionales agravaban la magnitud del crimen de Kastner y también la complicidad del gobierno israelí. Así es.

Rudolf Kastner había sido, durante la guerra, nada menos que el cabecilla del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía en Hungría, con responsabilidad de defender a las inocentes víctimas del Holocausto. Y el gato que le echaban a las barbas no era cualquier acto de colaboración sino haber asistido el exterminio nazi de más de 400,000 judíos húngaros. Si fuera poco, después de la guerra, según las acusaciones, había mentido en el Tribunal de Guerra de Núremberg para salvar a los líderes del exterminio de su merecido castigo. Colmo de colmos, en la corte israelí *el gobierno de Israel había estado defendiendo a Kastner*.

Pero apenas empezamos.

Kastner ni siquiera fue enjuiciado: el procesado en aquel juicio era *su acusador*, el panfletista Malquiel Greenwald. El juicio tuvo lugar porque, luego de acusar a Kastner en público, Greenwald había sido objeto de una demanda por difamación lanzada *por el gobierno de Israel*.

Con todos los recursos del Estado a su disposición, y con el procurador general de justicia Jaim Cohen—nada menos—haciéndola de fiscal contra Greenwald, el gobierno de todas formas había perdido el caso. Sobre la evidencia presentada, el juez Benjamín Hálevi había fallado que Greenwald tenía razón: Kastner había asistido la Solución Final contra la judería húngara. La evidencia incluía el testimonio del propio Kastner, quien había terminado por confesarlo todo.

Aun después del fallo, el gobierno del Estado judío ¡continuaba, acaloradamente, defendiendo a Kastner! ¿Acaso el

mundo imitaba las novelas surrealistas de Kafka? (O quizá él fuera costumbrista...)

¿Qué implicaciones tiene todo esto?

David Ben Gurión y Moshe Sharett han sido inmortalizados como ‘padres fundadores’ del Estado de Israel en los libros que los judíos leen en la escuela, y se les considera grandes hombres—poco menos que genios y santos—. Para impartir semejante lección ha sido preciso imponer un silencio de ultratumba sobre lo revelado a principios de los 1950s, en Jerusalén, en la corte de Benjamín Hálevi. La imposición de ese silencio es responsable de una profunda ignorancia: como he podido constatar, la mayoría de los judíos de esta generación no ha oído *hablar* siquiera del Caso Kastner y de lo que ahí se documentó. Pero en aquel juicio se estableció que Moshe Sharett y David Ben Gurión estaban ambos implicados en el crimen de Kastner. Implicado estaba también el otrora presidente de la Organización Sionista, Jaim Weizmann, igualmente inmortalizado como santísimo ‘padre fundador’ del Estado judío.

¿Implicados cómo?

En el Mandato Británico de Palestina había un órgano que se ostentaba ‘gobierno’ judío: la Agencia Judía. La encabezaban las principales figuras del movimiento sionista laborista, y en particular David Ben Gurión y Moshe Sharett, líderes del partido Mapai. Nuestro protagonista, Rudolf Kastner, *miembro de Mapai*, trabajaba durante la guerra para el Comité de Ayuda y Rescate húngaro *de la Agencia Judía*. Cuando a la mitad de la guerra hubo una oportunidad para intentar rescatar a todos los judíos húngaros, Ben Gurión,

Sharett, y Weizmann se encargaron de sabotearla mientras que Kastner asistía con entrega el esfuerzo de los nazis de subir a la judería húngara a los trenes rumbo a Auschwitz. Terminada la guerra, y fundado Israel, la Agencia Judía se convirtió en el gobierno del nuevo Estado Judío, y en su cima posaban satisfechos, agradeciendo el aplauso de la judería mundial, Weizmann, Ben Gurión, y Sharett. Este gobierno había nombrado a Kastner al puesto de vocero del Ministerio de Industria y Comercio, entre otros. Se rumoraba que pronto sería Ministro de Relaciones Exteriores.

Pero eso no sucedió, porque en ese momento Greenwald lanzó sus acusaciones y estalló el ahora olvidado escándalo que forzó la renuncia del gobierno y la formación de otro. A pesar de eso Sharett y Ben Gurión se quedaron en el poder y, sin escarmentar, su nuevo gobierno decidió recurrir el fallo de Hálevi a la Suprema Corte. *Aunque Kastner hubiese confesado su crimen*. Las consecuencias de todo esto fueron de suma importancia para la historia del Estado judío, y contribuyeron decisivamente a la cadena de eventos que ha traído a este joven Estado a su presente mortal peligro.

Este capítulo lo pasaremos en los tempranos 1950s, en el espacio confinado de la Corte Distrital de Jerusalén, que en sus treinta metros cuadrados a duras penas sienta a veinticinco personas. Pero esta humildad es engañosa. Así como un átomo libera energía para quemar una ciudad, el conocimiento que libera esta pequeña corte revoluciona la historia entera.

Ben Hecht

El periodista estadounidense Ben Hecht presenció el famoso juicio que documentó el crimen de Kastner, y reportó los acontecimientos mientras sucedían. En 1961 publicó *Perfidy* (*Perfidia*), una reseña documentada del Caso Kastner. Es una singular delicia literaria porque Hecht era también un destacado dramaturgo y guionista. Le decían ‘el Shakespeare de Hollywood’ y vaya que escribía, cosa que le reconocieron con el Oscar.

Hecht conoce íntimamente el contexto del terreno que cubre en *Perfidy* porque, durante el Holocausto, luchó incansablemente con otros seguidores de Hillel Kook—líder en Estados Unidos del revisionismo, el movimiento patriota judío—por rescatar del exterminio nazi a sus hermanos europeos. Sus esfuerzos fueron saboteados—y con mucha energía—por los líderes de las grandes organizaciones judías en Estados Unidos, aliados con los dirigentes de la Agencia Judía en Palestina que se convirtieron luego en el gobierno de Israel y que defendieron a Rudolf Kastner. Aquellas autoridades israelíes prohibieron la venta de *Perfidy* en Israel durante muchos años.

Es difícil impugnar la metodología de Hecht: más de la mitad de *Perfidy* consiste de citas textuales de la transcripción del juicio y documentos presentados para consideración del juez. Pero no se sorprenda nadie de escuchar que hay un esfuerzo institucional—desde la cima de poder en la comunidad judía y en el Estado de Israel—por limpiar la imagen de Rudolf Kastner y ensuciar la de Ben Hecht.

Examinaremos aquellos argumentos más tarde (CAPÍTULO 30). Aquí nos familiarizaremos con lo narrado en *Perfidy*.

Lo acontecido es tan enorme que parecerá imposible. A cada paso mis lectores querrán saber, ¿por qué diablos? Para entenderlo habrá que leer los capítulos que siguen. En éste me limitaré a reseñar lo documentado en el juicio del Estado de Israel contra Malquiel Greenwald, que rápidamente se convirtió en el juicio del pueblo judío—de la humanidad entera—contra Rudolf Kastner. Mi resumen no puede hacerle justicia a la prosa de Hecht, pero quedará satisfecho con mi trabajo si mis lectores se ven impelidos—ya sea por interés o escepticismo—a consultar el original.*

Malquiel Greenwald

Imaginemos un Quijote. Un anciano judío encorvado en el sol ardiente de Jerusalén: sombrero fedora inclinado, abrigo negro, piocha, y bastón. Había sido un judío húngaro, pero después de sufrir un pogromo en Viena, donde fue dejado por muerto en la calle, inmigró al Mandato Británico de Palestina, y desde ahí asistió a otros judíos que se escurrían de las garras de Hitler. La Catástrofe, sin embargo, devoró a su familia.

Concluida la guerra, el Mandato Británico de Palestina se ha convertido en el Estado judío, y la Agencia Judía es ahora el gobierno de Israel. El siglo ha llegado a sus tempranos 50s y

* Hecht, B. 1991 (1961). *Perfidy*. Jerusalem: Gefen. (Publicado originalmente en 1961 por Julian Messner.)

Greenwald a sus 70s. No importa: hay injusticia en Israel, y este viejo, en el ocaso de su vida, se convierte en periodista.

Se objetará que abusamos de la palabra. Greenwald publica un panfleto mimeografiado de tres páginas.* La tinta morada se corre, la textura de la hoja es incómoda. Cada número ostenta un solitario artículo, por Malquiel Greenwald, cuyos bolsillos han sido vaciados para hacer mil copias y repartirlas gratis en cafés a cambio de breves y tolerantes sonrisas.

Cuidado. A Moisés se le trababa la lengua.

Greenwald publica muchas denuncias. No sucede nada. Un buen día acusa, en el número 51, que Rudolf Kastner—el otrora líder del Comité Húngaro de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía, y ahora un alto funcionario del gobierno israelí—le había ayudado a Adolfo Eichmann a exterminar a más de 400,000 judíos húngaros. Y acusa también que después el mismo Kastner había testificado falsamente en Núremberg para que Kurt Becher, un alto exterminador nazi, fuera liberado en vez de ser enjuiciado por crímenes de guerra. *¿Qué?* Pamplinas. Malquiel Greenwald es un anciano. Calza zapatos con agujeros. Regala copias de su panfleto. Lo toleran con amabilidad. *¿Quién* se percata de lo que dice? *¿Acaso* importa?

Se percata el gobierno de Israel. Le importa al gobierno de Israel. El gobierno de Israel—y no, dejemos bien claro, Rudolf Kastner, sino el gobierno de Israel, el gobierno de

* El mimeógrafo es una tecnología antigua de 'fotocopiado' que fue desapareciendo en los 1970s.

Moshe Sharett y David Ben Gurión—*demanda a Malquiel Greenwald por difamación.*

Shmuel Tamir

Talento abogado. Lleno de vida: escalador, bailarín, amante del arte, esposo, padre de familia. Le importa la justicia y defiende caídos y causas perdidas—es su reputación—. Al igual que el hijo difunto de Greenwald, Tamir fue soldado del *Irgún Tzvai Leumi* (ETZEL), un ejército subterráneo de soñadores y patriotas judíos.

En su lucha por establecer un Estado judío independiente, los soldados del *Irgún* fueron atacados por los árabes, por el ejército británico, y por la Agencia Judía de David Ben Gurión (que acataba órdenes británicas). Pero el *Irgún*, aun bajo fuego judío, no atacaba judíos. Ésta era su doctrina. Y peleaba bien: contra todas las probabilidades había logrado establecer una patria independiente para su pueblo, la primera en casi 2000 años. Los irgunistas no son comunes: son hacedores de la historia.

Pero el *Irgún* no era invencible. Casi nadie los celebra como los verdaderos arquitectos de la independencia judía porque no gobiernan Israel. A Israel la gobiernan *los líderes de la Agencia Judía y de la Organización Sionista que la produjo*. Jaim Weizmann, el otrora presidente de la Organización Sionista, es presidente israelí hasta su muerte en 1952. David Ben Gurion, antes líder de la Agencia Judía, es primer ministro de 1948 a 1953. Moshe Sharett, también líder de la Agencia Judía, es primer ministro de 1953 a 1955. Luego David Ben

Gurion otra vez de 1955 a 1963. Esto captura todos los años del juicio contra Malquiel Greenwald y su secuela inmediata.

La hija de Greenwald, Rina, lleva a su viejo a ver a Tamir. El septuagenario no tiene con qué pagar. Bueno. ¿Y la evidencia contra Kastner? Unas personas hablaron sobre Kastner en un bar, explica el viejo. ¿Eso es todo? Y alguien le envió una carta anónima. El geriátrico Quijote insiste que tiene nariz de periodista: la acusación es verdadera. Y ambos saben que ciertas cosas sucedieron, pues las vivieron. Tamir puede ver que el caso tiene enormes implicaciones: aquí hay una oportunidad de exponer lo que se pudre en la cima del gobierno del Estado judío. Elije tomar el caso a condición de que Greenwald le permita un control total sobre la estrategia. De acuerdo. Greenwald tiene talento, también, para la gente: en el joven Tamir ha encontrado al mejor abogado, y al más valiente.

Benjamín Hálevi

Es el juez que preside el caso. Le sonrío benignamente al dignísimo y bien vestido funcionario israelí, el Dr. Rudolf (alias Rezso, alias Israel) Kastner, llamado por el gobierno como primer testigo. Hálevi, como todo mundo, parece desear una victoria para Kastner. Y eso tiene sentido. ¿Por qué querría imaginar el juez que el gobierno de Israel, el que paga su salario, se ha lanzado como pantera sobre un viejito anónimo para defender a un carnicero de judíos? Absurdo. De ganar el gobierno, el juez no tendrá que romper en mil pedazos el orgullo que siente por los enaltecidos líderes del nuevo Estado judío. Pero Benjamín Hálevi no es un hombre corrupto, y aquello tendrá sus consecuencias.

Rudolf Kastner

En el ‘banquillo’ de testigo,* Kastner declama elocuente—*presume* inclusive—su testimonio sobre sí. Alega que salvó a muchos judíos al dirigir sus plegarias y regateos a los líderes del exterminio nazi: Dieter Wisliceny, Kurt Becher, Hermann Krumei, *Adolfo Eichmann*... Declama sobre las juntas interminables, los viajes a diestra y siniestra, a Viena, Bratislava, Berlin, siempre en compañía de los encargados de la matanza (pero sobre todo con Kurt Becher). Se alaba a sí mismo por las vidas que salvó gracias a su influencia con estos asesinos.

Kastner presume pero... no se ve cómodo. No del todo. Quizá le preocupan las preguntas que bien pudieran estarse formando en las mentes de quienes lo escuchan.

¿Por qué se le otorgaba tanta libertad a Kastner para viajar con los altos nazis cuando los demás judíos húngaros estaban siendo trepados a los trenes y deportados a sus muertes? ¿Por qué se mostraban los nazis tan deferentes con Kastner, recibéndolo al más alto nivel? ¿No les incomodaba que Kastner fuera el líder del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía, encargada, supuestamente, de defender a los judíos de los nazis?

Tamir pone mucha atención porque no tiene una jota de evidencia. Está esperando *la mentira aprovechable*. Está esperando un hilo suelto que pueda jalar y con él desbaratar la

* El ‘banquillo’ es metafórico; de hecho, la corte es tan pequeña que no hay espacio para banquillo.

alfombra entera. Kastner se lo entrega. Le asevera a la corte—categórico, resonante—que las acusaciones de Malquiel Greenwald son falsas. Es verdad, dice, que terminada la guerra fungió como consejero del fiscal en jefe del Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra en Núremberg. Pero es falso, insiste, que fungiendo como tal haya entregado testimonio o *affidávit* alguno *a favor de Kurt Becher*.

¿Quién es Kurt Becher? El epíteto de ‘monstruo’ se avienta fácil y pierde su fuerza, pero Becher es quien lo merece. En un principio es oficial de la SS en Polonia cuando los nazis comienzan a torturar y asesinar a los judíos polacos. Con sus nervios de acero le infunde valor a otros nazis, más tímidos: *miren, así se mata sin piedad a un judío, hombre, mujer, o niño*. Luego es comandante de pelotón en el frente ruso. Aquellas matanzas lo prestigian y es puesto a cargo de todos los campos de concentración en las zonas ocupadas. Finalmente, intercambia lo que pudiera quedar de su naturaleza humana por la de un buitre al encabezar el ‘Departamento Económico.’ Éste despoja a los cadáveres judíos del oro de sus dientes (para los bancos alemanes) y de su cabello (para el calzado de fieltro de los empleados del *Reichsbahn*); luego recolecta sus cenizas (para fertilizar la siembra). Quizá se hiciera también de la grasa judía para fabricar jabón (sobre este punto hay controversia).² Pero Kurt Becher ha sido liberado por el Tribunal de Crímenes de Guerra de Núremberg y ahora es uno de los hombres más ricos de la nueva Alemania. Ha recibido cuantiosos honores y el gobierno israelí le compra trigo a su compañía. (¡Enriqueciéndose todavía de los judíos!)

Según Malquiel Greenwald, Becher escapó la justicia porque Kastner testificó a su favor en Núremberg. El testigo

Kastner lo niega categóricamente, afirma su inocencia, y termina. Los periodistas corren a escribir sobre la vindicación del Dr. Rudolf Kastner, salvador de los judíos. El juez Hálevi, al parecer también convencido, le pregunta a Tamir si su cliente no preferirá declararse culpable. Le quiere hacer un favor: se declara culpable y la corte será indulgente (recordemos que Malquiel Greenwald es el acusado). Tamir mira a su cliente. *Nunca*, replica el anciano.

Tamir atrapa a Kastner

Cuando se reúne nuevamente la corte, Tamir comienza su interrogatorio de Kastner. La primera mentira: Rudolf Kastner no era realmente el líder oficial del Comité Húngaro de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía. Kastner concede el punto cuando Tamir presenta los documentos oficiales de la Agencia Judía, los cuales identifican a un Sr. Komoly* en ese puesto (Kastner lo hizo a un lado pero aquel conservó su título). Es una mentira blanca. Pero Tamir apenas calienta. Lo imagino sonriendo amablemente, asomando un canino.

El segundo día de interrogatorio es más interesante. Tamir comenzó sin evidencia alguna pero ahora sí tiene algo. Deja primero que el testigo repita su aseveración categórica: *que no dio ni testimonio ni affidávit en Núremberg a favor de Kurt Becher*. Tamir propone entonces que en realidad sí lo hizo. “¡Ésa es una mugrosa mentira!”, protesta Kastner. Pero de haberlo hecho, ¿no sería un crimen nacional?, le pregunta Tamir. Lo sería, concede el testigo.

* O Komoy.

Tamir produce una carta firmada por Kastner. Ésta— increíblemente—viene de la enorme pila de documentos que el gobierno presentó *en defensa* de Kastner. Un descuido. El párrafo clave no ha escapado el ojo de águila de Tamir, quien declama ahora en voz alta sus propias palabras al testigo:

“Kurt Becher fue un Coronel de la SS y fungió como enlace entre mí y [Heinrich] Himmler [el líder de la SS] para nuestro trabajo de rescate. Fue liberado de prisión en Núremberg por las fuerzas de ocupación de los Aliados gracias a mi intervención personal.”— citado en Hecht (1991[1961]:73)

Dejemos a un lado, por el momento, la representación que en el documento citado hace Kastner de Becher en tal que presunto salvador de judíos. Y fijémonos en esto: Kastner *presume* por escrito que su intervención salvó al exterminador. Y sin embargo se acaba de ofender con el abogado opositor, calificando de “mugrosa mentira” el sugerir que hubiese cometido semejante crimen nacional. Ha sido acorralado. Pero persiste en negar que hubiese *jurado un affidavit* a favor de Becher (un tecnicismo). No se ve incómodo sino muy incómodo.

Hagamos una pausa para preguntar: ¿A *quién* le presumió Kastner en su carta que había liberado a Becher? La carta iba dirigida a Eleazer Kaplan, funcionario de la Agencia Judía. Pero, ¿no implica ello que la Agencia Judía de Moshe Sharett y David Ben Gurión, ahora convertida en el gobierno de Israel, tendría razones para *felicitar* a Kastner por su ‘hazaña’? Eso merece una reflexión.

El gobierno reflexiona y percibe su peligro. Despide a su abogado. Toma su lugar Jaim Cohen, nada menos que el

procurador general de justicia del Estado de Israel. Y no solo eso. Cohen es quien escribió la ley de condena de muerte para los judíos que hubiesen colaborado con los nazis. *Éste* hombre defenderá a Rudolf Kastner. Podemos decirlo así, aunque técnicamente el acusado sea Malchiel Greenwald, porque la verdad es que a partir de aquí se enjuicia moralmente a Rudolf Kastner (y al gobierno).

Jaim Cohen es una eminencia jurídica, ¿pero acaso puede detener esto?

Cuando se reúne de nuevo la corte, Tamir vuelve al interrogatorio de Kastner. Insiste: si el testigo hubiese intercedido de manera oficial en Núremberg a favor de Kurt Becher, ¿sería eso un crimen nacional? Lo sería, concede el testigo. Tamir produce entonces el siguiente documento y se lo lee en voz alta al testigo:

“Yo, el Dr. Rudolf Kastner, cuya firma aparece al final, quiero hacer la siguiente declaración suplementando el affidavit que le presenté al Tribunal Militar bajo el documento 2605 PS concerniendo el Lugarteniente Coronel Kurt Becher... No hay duda alguna que Becher pertenece a los muy pocos líderes de la SS que tuvieron la valentía de oponerse al programa de aniquilación de los judíos, y trataron de salvar vidas humanas... Yo tuve contacto personal con Becher desde junio de 1944 a abril 1945 y quisiera enfatizar, en base a mis observaciones personales, que Kurt Becher hizo todo lo que le era posible por salvar vidas inocentes de la furia ciega de los líderes nazis...

Por lo tanto, aunque la forma y la base de nuestras negociaciones puedan ser sumamente objetables,

nunca dudé por un momento de las buenas intenciones de Kurt Becher...

En mi opinión, cuando el caso sea juzgado por las autoridades aliadas o alemanas, Kurt Becher merece toda la consideración posible...

Hago esta declaración no solo en mi nombre sino también en nombre de la Agencia Judía y el Congreso Mundial Judío. Firmado, Dr. Rudolf Kastner, Agencia Judía Oficial en Ginebra. Ex-Presidente de la Organización Sionista en Hungría, 1943-45. Representante del Comité Conjunto de Distribución en Budapest.”—citado en Hecht (1991[1961]:78)

Visiblemente, hay un cambio de atmósfera en la corte. El juez, sacudido, quiere saber *quién* le dio permiso a Kastner de abogar por Becher en nombre de la Agencia Judía y del Congreso Mundial Judío—oficialmente, por lo tanto, *en nombre del pueblo judío*—. Kastner, nervioso, escupe una lista de nombres, todos líderes de las principales organizaciones judías en Israel y la Diáspora. Uno es Eliyahu Dobkin, ahora uno de los altos jefes de la Agencia Judía. Otro es Jaim Barlas, miembro del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía en Estambul durante la guerra (nos lo volveremos a encontrar). También está Perlzweig, jefe del departamento político del Congreso Mundial Judío. Y Riegenger, el representante europeo del Congreso Mundial Judío. El juez Hálevi quiere clarificar si esta gente le dio permiso a Kastner de salvar a Becher. Así es, explica Kastner.

Cuando reanuda el interrogatorio, Kastner ha perdido la compostura. Le grita a Shmuel Tamir que *él* es quien comete un crimen nacional. El gobierno israelí parece estar de acuerdo (está defendiendo a Kastner).

También hay un affidavit de Walter H. Rapp, lugarteniente coronel del ejército estadounidense, funcionario legal del Departamento de Estado de su país, y cabeza del Consejo de Evidencia del Tribunal de Crímenes de Guerra de Núremberg. Su affidavit declara que “ ‘Becher fue soltado... sólo gracias a las plegarias del Dr. Kastner y al contenido de su testimonio bajo juramento.’ ” Escribe Rapp que, “ ‘[Según Kastner], Becher había instrumentado que se salvaran las vidas de decenas de miles de judíos..., asumiendo un gran riesgo personal con sus despliegues de sacrificio, inclusive de heroísmo.’ ” El “ ‘afidavit [de Kastner] concerniendo Becher fue la principal, si no es que la única razón que influenciara nuestra decisión de soltarlo.’ ” Ningún otro oficial de la SS custodiado por Núremberg ha recibido este trato, añade Rapp.³

Ahora la prensa israelí, tan confiada al principio del heroísmo de Kastner, apunta lo obvio: parece ser colaborador nazi. Y presenta para sus lectores la pregunta incómoda: *¿Por qué se está gastando una fortuna el gobierno israelí defendiendo a un colaborador nazi?*

El juicio dura tres años y contesta esa pregunta. Sobrevivientes de la masacre húngara son llamados a dar su testimonio. Tamir acorrala a Kastner una y otra vez. Jaim Cohen no logra detener la avalancha de revelaciones, perjurios expuestos, y confesiones. Un hombre que debió haber sido asesinado pero no lo fue (un grave error) es producido en corte y testifica: Joel Brand. Así, emerge una historia, documentada toda ella en el proceso del gobierno de Israel contra Malquiel Greenwald, y se establece que David Ben Gurión, Moshe Sharett, y Jaim Weizmann están también implicados en el asesinato de más de 400,000 judíos húngaros.

Aquí, en breve, esta historia.

1944

El pueblo húngaro de Kluj tenía una población judía ascendiendo a los 20,000. Estos eran judíos del Este, más judíos que húngaros, a diferencia de los muy asimilados judíos de Budapest. Muchos judíos de Kluj se involucran en el sionismo. Rudolf Kastner, también de Kluj, se va a Budapest y crea un grupo para ayudar a los judíos a escapar de Hungría. Pronto demuestra una gran habilidad para hacerse amigo de los nazis. Esto es percibido como una ventaja, y dentro de poco se ha convertido en el líder *de facto* del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía. Los principales asistentes de Kastner son Joel Brand y su esposa Hansi Brand.

Al principio Rudolf Kastner, con la ayuda de Joel Brand, se comporta como patriota judío. Bombardea a los funcionarios de la Agencia Judía en Suiza, Estambul, y Tel Aviv con reportes detallados de la gran matanza europea, y advierte sobre lo que, con toda seguridad, está por venir. Sin embargo los representantes de la Agencia Judía y el *Joint Distribution Committee* en Suiza, Moshe Schwalbe y Saly Mayer, no le dan información a la prensa sobre las matanzas masivas de judíos. La Agencia Judía de David Ben-Gurión en Palestina guarda un silencio idéntico. Toda la información “ ‘se mantuvo en secreto de la prensa,’ ” explica el propio Kastner en la corte de Halevi. “ ‘Yo les informaba casi a diario del exterminio. Mis cableados no fueron publicados en ninguna parte.’ ”⁴

Aquello empata con el patrón general del liderazgo oficial judío, mismo que otros testigos corroboran durante el juicio. Una anécdota reveladora la proporciona en la corte un grupo de sobrevivientes de la masacre polaca. En 1945 acudieron a la junta anual del Congreso Mundial Judío, presidido por el rabino reformista estadounidense Stephen Wise y su colega Nahum Goldmann. Los sobrevivientes venían a quejarse de lo poco que se hacía por rescatar judíos europeos. Se les explicó que era una decisión deliberada: “ ‘La opinión del consejo ejecutivo,’ ” dijeron los líderes judíos a los sobrevivientes, “ ‘es que esto [hacer el esfuerzo de salvar vidas judías] no convenía debido a nuestros lazos diplomáticos con estos gobiernos.’ ”⁵ Se referían a los gobiernos del ‘Mundo Libre.’ O sea que los gobiernos democráticos de Occidente no querían rescatar a las víctimas del Holocausto, y entonces, para preservar “los lazos diplomáticos con estos gobiernos,” los líderes judíos habían dejado que ardiera en los hornos el pueblo judío europeo. De hecho, como veremos más tarde, habían hecho mucho más, trabajando con harta energía por *sabotear* todo proyecto de rescate (CAPÍTULOS 27 y 28).

Pero volvamos a Rudolf Kastner.

El Tercer Reich se estaba colapsando en 1944. No ganaría la guerra—eso estaba claro—. Pero quedaban todavía hartos judíos por asesinar. Casi un millón de ellos en Hungría. ¿Podrían los alemanes cruzar la meta a tiempo? Harían su mejor esfuerzo: todas las energías disponibles de los alemanes se vertieron sobre el empuje final para matar cuanto judío fuera posible antes de que Alemania se hundiera. Recursos indispensables de guerra se destinaron mejor al exterminio.

Matar judíos tenía esa importancia. Y los nazis eran muy serios.

Ahora bien, cuando los judíos pelean son los mejores soldados. Pregúntenles a los grecomacedonios. Los enfurecidos campesinos judíos de la antigüedad—mal entrenados y mal armados—pelearon la Revuelta Macabea y echaron fuera a los ejércitos grecomacedonios, los más temibles del mundo. O pregúntenles a los ejércitos romanos. Tuvieron que aventar todas sus legiones a los judíos para derrotarlos (aunque fueran en su mayoría civiles) en el primer y segundo siglos de la Era Común. Pregúntele al invencible Imperio Británico, que no pudo contra el pequeñísimo Irgún Tzvai Leumí en el Mandato Británico de Palestina, pues peleaba con el coraje de sus ancestros macabeos. Pregúntele a Adolfo Eichmann. Él sabe. Un puñado de judíos en el Gueto de Varsovia, sin entrenar, mal armados y muriéndose de hambre, fueron muy difíciles de derrotar por la tremenda *Wermacht* de Adolfo Hitler—y pelearon hasta la muerte, resistiendo 4 meses y llevándose muchos alemanes—.

Eichmann, precisamente, no quería una repetición del Gueto de Varsovia en Hungría, sobre todo considerando que por estas fechas los nazis no disponían ya de tanto personal. En las *Confesiones de Eichmann*, publicadas por *Life* en 1960, el exterminador en jefe explica él mismo: “ ‘Queríamos peinar muy bien toda Hungría antes de que los judíos pudieran despertar al plan y organizar resistencia partisana.’ ”⁶ En la corte de Benjamín Hálevi, Kastner luego confesará que Eichmann le expresó su deseo de evitarse una repetición de la revuelta del Gueto de Varsovia.

Cosa que Eichmann logró. Pero, ¿cómo es posible?

Pese a toda la absurda propaganda nazi contra los judíos debe admitirse que los principales exterminadores entendían ciertas cosas de su presa. Eichmann, en particular, se jactaba de estudiar hebreo y de investigar con cuidado el movimiento sionista. Sin duda aprendió algunas cosas sobre sus víctimas. Por ejemplo, que los judíos aman la paz y la vida, y que *creen* con intensidad feroz: se sujetan a la esperanza—cualquier esperanza—. “La gente se aferra a una ilusión con la misma fuerza que a la vida misma,” reflexiona Ben Hecht.⁷ O con *mayor* fuerza, tratándose de judíos. Los nazis entendían, también, que sus víctimas serían incapaces de pensar mal: seguirían ciegamente a sus líderes.

“Eichmann y sus hombres,” escribe Hannah Arendt, “invitaron a los dirigentes judíos a que se reunieran con ellos, a fin de convencerles de que formaran un Consejo Judío,” al cual llamarían ‘Comité Central.’ ¿Para qué lo querían? Como portavoz: para “dictar sus órdenes.” ¿Y por qué habrían de cooperar los líderes judíos? A cambio de eso los nazis “concederían al consejo absoluta jurisdicción sobre todos los judíos de Hungría.” Pero la maniobra conllevaba ciertas dificultades porque el liderazgo que los nazis buscaban cooptar, explica Arendt, estaba enterado de lo que sucedía en Auschwitz-Birkenau. Por lo mismo, escribe,

Los dirigentes judíos húngaros tuvieron que elevar la técnica de autoengaño a la categoría de gran arte para llegar a creer, a aquellas alturas, que ‘aquí no puede ocurrir’—‘¿cómo pueden atreverse a enviar a los judíos húngaros fuera de Hungría?’—, y luego, seguir creyéndolo mientras los hechos contradecían cotidianamente dicha creencia.— Arendt (2004[1963]:286)

¿Autoengaño?

“Los futuros miembros del Comité Central Judío” quisieron negociar con Dieter Wisliceny, lugarteniente de Adolfo Eichmann en el exterminio, aunque sus vecinos eslovacos hubieran explicado ya que Wisliceny, “pese a todos los sobornos ‘había deportado [a su muerte] a todos los judíos de Eslovaquia.’ ”⁸ Arendt se maravilla. Y está más que justificado un aspaviento. Pero no así la hipótesis de *autoengaño*. Rudolf Kastner había sido el primero en recibir el reporte de Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, sobrevivientes fugados del infierno de Auschwitz, cuya información documentaba los preparativos que se hacían en el campo de muerte para recibir, precisamente, a los judíos húngaros (CAPÍTULO 29). Los otros líderes también estaban al tanto.*

* Apunto lo siguiente. Arendt se pregunta sobre la gente común, “¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, con su propia destrucción?” (ver epígrafe, INTRO A LA PARTE 7). Esta forma de hablar le imputa a la gente común *responsabilidad*, pues ‘cooperar’ es un verbo activo que implica agencia consciente. Pero al mismo tiempo, como vemos arriba, *elimina la responsabilidad de los dirigentes* al imaginarlos víctimas de un presunto estado psicológico de “autoengaño” (uno que, dicho sea de paso, no padecían). En vez de decir que los líderes engañaron a la gente, ¿Arendt acusa a los judíos comunes de ser conscientes y responsables, y de utilizar a sus autoengañados y por lo tanto inconscientes líderes para destruirse! Merece atención el asombroso sesgo de esta renombrada filósofa, pues su forma de expresarse requiere, diríase, una cierta pasión por

Conocían las intenciones de los nazis. No hay autoengaño.

Krumey y Wisliceny, dos altos exterminadores, se reúnen entonces con los líderes de la judería húngara y explican que se les impondrán restricciones severas a los judíos pero que las “cosas malas” (los exterminios) no sucederán si los judíos cooperan con su humillación. “ ‘Quiero que los rabinos calmen los nervios de sus congregaciones,’ ” explica Krumey.⁹ (Estamos a tan sólo dos meses de las deportaciones y matanzas de los judíos húngaros.) Entre los judíos comunes, algunos cientos no creen esta historia y se suicidan. Algunos otros tienen sospechas y comienzan inclusive a juntarse en secreto para discutir la resistencia armada, o la fuga. Los nazis se preocupan. Hace falta aquí alguien importante, alguien que infunda confianza.

Rudolf Kastner es el representante en Hungría de la Agencia Judía de Palestina, y el líder *de facto* de su Comité de Ayuda y Rescate local. Es miembro de Mapai, el partido de David Ben Gurión que, con la bendición de los británicos, controla el ‘gobierno’ judío en Palestina. Los judíos húngaros están aislados y sin conexiones. Pero Kastner tiene conexiones. Muchas. Y los nazis son siempre muy amables con él. Los líderes judíos en Hungría le defieren al Dr. Rudolf Kastner.

exonerar a los traidores y culpar a las víctimas. Ésta es la misma Hannah Arendt a quien antes nos encontramos exonerando a Hajj Amín al Husseini—creador del movimiento palestino y de OLP/*Fatah*—de su papel líder en la Solución Final Nazi (INTRO A LA PARTE 1). Merece atención.

Quizá *Kastner puede hacer algo*, piensan. Quizá pueda interceder con los nazis.

Kastner puede hacer algo, piensan también los nazis. El éxito del plan nazi requiere del engaño y tienen en mente un experimento. Le dirán a los judíos de Kluj (el pueblo de Kastner) que serán deportados en trenes—pero no a Auschwitz a ser exterminados, sino a Kenyermeze, a trabajar—. Se les dirá que la gente trabaja mejor cuando está con su familia por lo cual *todos* serán deportados. Se los dirá Kastner.

Kastner puede hacer algo. Éste es el final de una guerra que los nazis han perdido, y falta personal: no hay más que 20 guardias húngaros y un oficial de la SS alemana cuidando a los 20,000 judíos del gueto de Kluj. La frontera rumana, detrás de la cual los judíos ya no están siendo asesinados (pues ya invadieron los soviéticos), está a tan sólo tres millas de Kluj. Con gran facilidad, Kastner puede salvar a estos judíos si tan solo les dice lo que está pasando.

Kastner puede hacer algo. Puede ir a Kluj y asegurarle a todo mundo que los nazis dicen la verdad: irán a campos de trabajo. Él creció con esta gente; algunos lo conocen desde chico. Le creerán.

Kastner puede hacer algo. Los nazis no están preparados para lidiar con una insurrección masiva. Kastner puede avisarles a los 800,000 judíos de Hungría y producir un levantamiento.

Kastner puede hacer algo. A cambio de jugar su papel, Kastner puede seleccionar unos pocos, incluida su familia, cuyas vidas compra con la carnicería de la judería húngara.*

¿Pero qué hará Kastner? ¿No se preocupan los nazis? Para nada. Kastner es enviado a Kluj *solo*. No lo acompaña ni un guardia nazi.

Se merece esta confianza y lo demuestra: sonrío a su gente y les asegura que irán a Kenyermeze, a trabajar. Ya calmados, y rebozando de orgullo por la importancia de su Rudolf Kastner, quien con tanto talento ha logrado ganarse la confianza de los nazis para velar por su seguridad, los judíos se suben a los trenes para irse (creen ellos) a Kenyermeze. Muchos se apresuran porque les dicen que “los primeros en llegar tendrán derecho a los mejores lugares.” Así lo explicará después Jacob Freifeld, un sobreviviente de Kluj, en la corte de Benjamin Hálevi: “‘Sí, todos corrimos a Kenyermeze.’”¹⁰

Kastner comercia con vidas humanas: entrega la judería húngara a los nazis a cambio de un puñado que él escogerá. ¿Es un precio justo? Él piensa que sí. Ha escogido gente de

* No es el único. Otros judíos ‘sionistas’ importantes, como Hillel Danzig, también participan en el engaño (aunque Danzig luego diría que no sabía precisamente qué tan mala sería la suerte de los judíos deportados, aunque sabía que sería “mucho peor” que la suya). Hillel Danzig es uno de los periodistas mas importantes del diario *Davar* de David Ben-Gurion, el diario que no ha dicho ni pío sobre el Holocausto, a pesar de todos los reportes que le llegan al liderazgo de la Agencia Judía de su propia gente en Europa.

importancia, de sustancia, no gente común sin utilidad alguna y buena solo para el matadero. Esta distinción la defenderá Kastner en la corte de Benjamín Hálevi, luego de que varios sobrevivientes de Kluj se presenten a acusarlo. Cuando el juez Halevi—azorado de escuchar a Kastner confesar que entendía lo que pasaba y sin embargo no había avisado a nadie que iban al exterminio—le exige una explicación, Kastner declama lo siguiente:

“Su Señoría, siento decirlo, pero los testigos de Kluj que atestiguaron aquí—en mi opinión, yo pienso que no representan la verdadera judería de Kluj—. Pues no es ninguna coincidencia que entre ellos no se encuentra ninguna figura importante.”¹¹

Pues no. Kastner ha definido como ‘judíos importantes’ a los que él seleccionó para salvar.

Adolfo Eichmann

El intercambio: algunos ‘judíos importantes,’ 388, a cambio de incinerar sin mayor contratiempo a 20,000 don nadies de Kluj. Son días de mercado para el verdugo supremo nazi, Adolfo Eichmann, pues ésta no es la única oferta sobre la mesa. La corte de Hálevi se entera de otra porque Joel Brand se presenta a testificar, pues no fue asesinado. (¡Semejante descuido! No deben dejarse hilos sueltos cuando se encubre el asesinato de un pueblo entero...)

Joel Brand presenta en corte su historia.

Durante la guerra Brand es el subordinado inmediato de Rudolf Kastner en el Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia

Judía en Hungría. No conoce los arreglos de Kastner con los nazis. Y piensa, incorrectamente, y como tantos otros judíos en aquel entonces—y *también ahora*—que sus líderes lo defienden. Brand *Cree*. No desconfía. Y quiere salvar judíos. Por esta razón precisamente, porque Brand quiere salvar judíos, Adolfo Eichmann, el gran arquitecto del exterminio, lo manda llamar a él y no a Kastner.

“ ‘¿Sabes quién soy?’ ”, le pregunta Eichmann. “ ‘Soy el encargado de todas las acciones [los exterminios de judíos] en Alemania, Austria, Polonia, y Eslovaquia.’ ” Hay que apreciar el simbolismo de este momento: la humanidad, representada en toda su honesta fragilidad por un judío, haciendo frente a Satanás.

Eichmann explica que “ ‘el siguiente objetivo es Hungría’ ”—pero quiere hacer un trato—. “ ‘Sangre por Cargamento y Cargamento por Sangre.’ ” El caníbal indaga cuáles judíos habrá de salvar Brand. ¿Mujeres capaces de embarazarse? ¿Hombres en su pico? ¿Quién? Quiere una respuesta en el acto. Está impaciente porque tiene mucho trabajo: tantos judíos todavía, y el tiempo se acaba...

“ ‘¿No tengo facultades para decidir a quién habrás de matar!’ ”, replica Brand. “ ‘Me gustaría salvarlos a todos. No entiendo este trato.’ ”¹² Dios lo bendiga.

Quiero camiones, explica Eichmann. “ ‘Estoy dispuesto a canjear un millón de judíos por diez mil camiones.’ ” Pero no vacíos sino cargados. Quiere “ ‘Té y café, también, y jabón. O mil toneladas de té y café.’ ”¹³ Pobres nazis. Ya no saben qué hacer. Es tan desesperada su situación en este año de 1944 que

hasta dejarán vivir a algunos judíos si pueden obtener víveres básicos.

La Agencia Judía, piensa Brand, quizá pueda organizar la entrega de este cargamento. ¿Pero cómo puede confiar persona alguna en Adolfo Eichmann? El nazi se ha anticipado al problema: si en el espacio de dos semanas Brand vuelve a Budapest, se interpretará su regreso como señal de que la oferta se considera seriamente, y liberará 100,000 judíos como pago adelantado. Cuando haya recibido el cargamento que corresponde, liberará otro diez por ciento. Y así seguirán las cosas mientras llegue cargamento. De esta forma Eichmann garantiza su ‘buena fe.’ En su mente torcida se considera quizá generoso, hasta esplendido: “ ‘Escógelos donde quieras,’ ” dice. “ ‘Hungría, Auschwitz, Eslovaquia—donde quieras y a quien quieras—.’ ” Y promete que las deportaciones de judíos húngaros a Auschwitz cesarán mientras se estén concertando las negociaciones.¹⁴

Brand habrá de ir a Estambul a entrevistarse con los representantes de la Agencia Judía que ahí están (Turquía es territorio libre), y deberá dilatar en el encargo no más de dos semanas. Si Brand regresa, y si reporta que la oferta ha sido aceptada, dice Eichmann, con esto bastará, y 100,000 judíos serán liberados en el acto, en anticipación del primer pago de cargamento. Los representantes de la Agencia Judía en Turquía son notificados, y le dicen a Joel Brand que vaya. Éste se encamina lleno de esperanza, pues parece que Jaim Weizmann, el líder de la Organización Sionista Mundial, se encontrará con él en Estambul. La gente de Turquía había dicho: “Jaim lo esperará.”¹⁵

Si este hombre, Weizmann, hubiera venido personalmente a entrevistarse con Joel Brand para ayudarlo a salvar 800,000 judíos húngaros, aquello habría sido sorprendente. Insólito. Veamos por qué.

Jaim Weizmann y Jaim Cohen

En agosto de 1937, el Dr. Weizmann, líder del sionismo mundial desde que muriera Teodoro Herzl, se dirigió así a un cónclave sionista en Londres:

“Le dije a la Comisión Real Británica que las esperanzas de seis millones de judíos se enfocaban en la emigración. Me preguntaron, ‘¿Puede traerse seis millones de judíos a Palestina?’ ‘No,’ contesté. ... Los viejos se irán. Soportarán o no su destino. Eran polvo en un mundo cruel, polvo económico y moral. ... Sólo una rama sobrevivirá... Tenían que aceptarlo...” —citado en Hecht (1991[1961]:20)

El proyecto de Teodoro Herzl—el fundador del movimiento sionista cuyo objetivo era crear una patria judía—había sido salvar a *todos* los judíos, y se preocupaba especialmente por los del Este de Europa—el 90% de la judería europea—pues ellos peligraban más que nadie. Había quienes se daban cuenta ya, en la antesala de la Segunda Guerra, que, luego de fallecido Herzl, su sucesor como líder de la Organización Sionista Mundial, Jaim Weizmann, traicionaba el legado del fundador. Cuando Weizmann se refirió a los judíos en 1937 como “polvo en un mundo cruel,” hubo quienes adivinaron, correctamente, que abandonaría a los judíos europeos a su suerte, que no los defendería de los nazis. Pero,

¿cuál sería su razón? Lo veremos más adelante (CAPÍTULOS 26 y 27).

Confirmando los temores de los patriotas judíos, en 1939, cuando estallaba la guerra—es decir, cuando comenzaba la gran Catástrofe—, Weizmann anunció que se tomaría una vacación de toda actividad pro judía. Vladimir Jabotinsky, el fundador del sionismo revisionista, fue entonces directamente a los judíos y “recorrió los guetos de Europa,” dice Ben Hecht, “urgiendoles que se fugaran antes de que fueran exterminados. [Pero] él [Jabotinsky] y sus cofrades del Irgún fueron atacados por el sionismo oficial”—es decir, por el sionismo laborista que lideraban Weizmann y Ben Gurión—“y calificados de agitadores peligrosos.”¹⁶ Así, los laboristas desprestigiaron las advertencias de los revisionistas, contribuyendo a que muchos judíos se quedaran donde estaban—donde Hitler los encontraría—.

En la corte, Jaim Cohen, procurador general de Israel, le declama al juez Hálevi la ideología de Weizmann en defensa de Rudolf Kastner.

“Para ellos, y millones de judíos como ellos, se cumplió la vieja maldición: ‘Y mira, su destino era ser llevados como ovejas al matadero, para matar, para destruir, para aplastar y humillar.’ ¿Éstos iban a escapar? No tenían piernas para correr. ¿Habrían de rebelarse? No tenían manos para pelear. No había ya coraje en ellos.”—citado en Hecht (1991[1961]:164)

Así ‘defiende’ Jaim Cohen a Rudolf Kastner: *¿Qué decimos? ¿Que Kastner tenía que haber salvado a estos miserables judíos? Éstos servían para el matadero.*

Y en su argumento final Jaim Cohen explicará de nuevo su ideología:

“Siempre ha sido nuestra tradición sionista [¡laborista!] seleccionar a los pocos de entre los muchos al arreglar la inmigración a Palestina. ¿Por esto nos habrán de llamar traidores?”—citado en Hecht (1991[1961]:195)

¿Habrán de llamarnos traidores—pregunta Jaim Cohen—por seleccionar a los judíos importantes y dejar a los don nadie morir en las cámaras de gas? ¿Habrá de reprochársenos—reta indignado—que hayamos salvado a los judíos de buena cuna, de buena ideología? Pero al igual que Ben Hecht yo retaré así: ¿Habremos de poner a Jaim Cohen en una categoría distinta a la de Joseph Goebbels, el nazi fanático que fungía como ministro de propaganda en el Tercer Reich? Goebbels dijo: “ ‘Los judíos merecen la catástrofe que ahora los rebasa.’ ” Y también dijo: “ ‘En nuestra actitud nazi hacia los judíos no puede haber débil sentimentalismo.’ ”¹⁷ No hay débil sentimentalismo que abrume a Jaim Cohen. Ni a Jaim Weizmann: su política de abandonar el “polvo” de Europa es la que Cohen defendió orgulloso en la corte de Hálevi.

Como decíamos: habría sido sorprendente que Jaim Weizmann se hubiese apresurado a entrevistarse con Joel Brand en Estambul para salvar a un millón de don nadie, “polvo en un mundo cruel, polvo económico y moral,” cuyo “destino era ser llevados como ovejas al matadero.”

Joel Brand

Cuando llega Joel Brand a Estambul no lo está esperando nadie. Ni Weizmann ni nadie. No le han conseguido su visa turca. No le permiten que ponga pies en la tierra. Se queda en el tren.

El hombre que vino con Brand de Budapest, empero, tiene las tablas para arreglar el asunto y se van los dos a un hotel. Ahí se entrevista con ellos el representante de la Agencia Judía, quien pregunta si realmente están asesinando a los judíos. ¿Sería éste un esfuerzo débil y avergonzado de establecer una coartada por el silencio de ultratumba de la Agencia Judía sobre el exterminio del pueblo judío? *Estamos a mediados de 1944—el mundo entero sabe del Holocausto—*. En la corte de Hálevi, Brand dice así:

“Para un hombre como yo, que acababa de llegar del infierno mismo, era amargo oír que un oficial de la Agencia Judía pudiera expresar dudas todavía sobre el tema. Les habíamos informado constantemente sobre lo que sucedía. Sabíamos que nuestras cartas les habían llegado. Sabían todo, pues habíamos estado correspondiendo con ellos por un tiempo.”—citado en Hecht (1991[1961]:222)

Brand luego se reúne con el Comité de Ayuda y Rescate, y explica que debe regresar a Budapest en dos semanas máximo para así liberar a los primeros 100,000 judíos. Ruega que los británicos no sean notificados de su llegada, pues ellos han estado cooperando con la matanza de judíos (trataremos esto más tarde). Brand teme que los británicos lo arresten para sabotear su misión. En la junta se decide que un alto funcionario del Ejecutivo de la Agencia Judía deberá ser

llamado, así que Venia Pomeranietz es enviada a traerse a Moshe Sharett a Estambul.

Brand piensa que sería una buena idea hablar con Steinhardt, el embajador estadounidense en Turquía, basado en Ankara. ¿Por qué? Porque Steinhardt es judío y simpatizará con la misión, razona Brand. ¡Inocencia! Se encamina hacia Ankara con Jaim Barlas (quien más tarde le dará a Kastner permiso de salvar a Kurt Becher en nombre de los judíos). Este Barlas sabe que hacen falta papeles especiales para ir a Ankara, porque se consigue los suyos, pero nadie consigue los papeles de Brand y cuando llegan al tren no lo dejan subir. Se lo llevan luego a un edificio y lo mantienen prisionero tres días. Corre la arena del reloj. Es liberado, y puede moverse en Estambul por una semana, mientras espera a Sharett. *Corre la arena*. Queda una semana. Menos.

Le informan finalmente a Brand que los británicos no le permiten a Sharett que entre a Turquía, y le insisten que vaya a la Siria británica a entrevistarse con él. Podrá regresar en algunos días, le aseguran. Brand no quiere ir. Él entiende que los británicos no son sus amigos y teme ser arrestado y perder 800,000 vidas. Prefiere regresar a Budapest con una carta del Comité de Ayuda y Rescate diciendo que se aprueba el trato, con lo cual se salvarán de inmediato por lo menos los primeros 100,000, pues Eichmann había dicho que con su retorno y su palabra bastarían. El Comité de Ayuda y Rescate puede encargarse después de conseguir el cargamento para liberar al resto de la judería húngara. Es lo sensato. Lo responsable. Lo ético. Pero Barlas le dice que no se preocupe: hay que ir a Siria. Aquí sigue una fuerte disputa sobre la cuestión. Pero

como lo están presionando sus compatriotas judíos, Brand, contra su mejor juicio, se doblga y consiente en ir.

Ehud Avriel, del movimiento Halutzim (Pionero) de los sionistas laboristas, va con él. El viaje dura dos días. *Corre la arena del reloj*. Camino a Siria el tren se detiene en Ankara.

Avriel sale un momento. Dos hombres suben abordo por un espacio breve. Hablan con Brand. Son agentes en Turquía del Partido Revisionista de Vladimir Jabotinsky, y del Partido Agudat-Israel, un partido sionista religioso. Los revisionistas ruegan a Brand que no proceda con el viaje. Le advierten que agentes británicos lo esperan en Alepo (en la frontera Siria) para arrestarlo. Luego estos dos hombres se escurren.

“ ‘Esto me aterrorizó,’ ” explicó después Brand en la corte de Hálevi. “ ‘Significaría la derrota de mi misión y el exterminio de mi familia y un millón de judíos húngaros.’ ” Por otro lado, estos dos que habían subido al tren no eran judíos importantes, pues no eran miembros del movimiento sionista principal. Brand se consuela con eso. Cuando le comenta a Avriel lo que habían dicho éste lo calma: no hay razón para preocuparse: hay “una garantía de hierro” de los británicos, promete. Y Avriel está con el poderoso movimiento de David Ben-Gurión, líder de la Agencia Judía. Él sí que es importante. Avriel después hace prometer a Brand que *de ser arrestado* no dirá nada a menos que alguien de la Agencia Judía esté presente.¹⁸

—Momento.— ¿De ser arrestado? ¿Y la “garantía de hierro”?

Llegan a Alepo. Avriel dice que tiene que arreglar algo y sale del vagón. Inmediatamente, los británicos entran y arrestan a Brand. A la mañana siguiente es llevado a una elegante finca árabe donde se han acuartelado los altos oficiales británicos. En presencia de ellos se encuentra finalmente con Moshe Sharett. Éste lo sabe todo (Venia Pomeranietz se lo ha dicho).

“ ‘Antes de irse,’ ” relató después Brand en la corte de Hálevi, “ ‘Sharrett me informó que lo sentía mucho, pero que yo no podría regresar al Norte [a Estambul y luego a Budapest] y tendría que irme al Sur.’ ” Moshe Sharett, líder del Departamento Político de la Agencia Judía, “siente mucho” que 800,000 judíos húngaros vayan a ser asesinados. “ ‘Me sorprendí y me opuse amargamente,’ ” lamenta Brand, “ ‘pero me dijo que no había alternativa.’ ” No hay alternativa: los líderes no pueden hacer el menor esfuerzo por 800,000 vidas judías. Brand es llevado a Cairo, vía Palestina. *A la fuerza*. Las dos semanas que Eichmann le había otorgado expiran. *Se agotó la arena del reloj*. La mente desesperada de Brand suplica al cielo que la carnicería de los judíos húngaros no haya comenzado todavía.¹⁹

En Cairo Brand es interrogado por los británicos, una y otra vez. Al décimo día, este pobre hombre, sintiéndose responsable por las vidas de casi un millón de personas, comienza una huelga de hambre, insistiendo que lo dejen regresar a Hungría. Su huelga dura 17 días, y durante todo este tiempo lo están interrogando. Luego recibe una nota de Ehud Avriel. “ ‘Me pedía que no fuera difícil y que atestiguará libremente, y decía que se estaba haciendo todo lo posible por asegurar el éxito de mi misión.’ ”²⁰

Después de cuatro meses y medio Brand es soltado y forzado a ir a Palestina. Pero aquí empiezan los errores. Los británicos debieron asesinar a Joel Brand. Acababan de garantizar el asesinato del pueblo judío húngaro: cientos de miles de personas. ¿Qué importaba uno más? Había que matarlo: Brand sabía mejor que nadie lo que habían hecho. Los líderes de la Agencia Judía en Palestina eran cómplices del crimen; cometieron el mismo error: tampoco lo asesinaron. Y el que Brand atestiguara en una corte israelí fue consecuencia de otro gran error, cuando, confiando en la impunidad del poder, David Ben Gurión y Moshe Sharett lanzaron al gobierno del Estado judío contra el viejo Malquiel Greenwald en un juicio por difamación.

En congoja, pero esperando todavía rescatar algunos judíos, Joel Brand le escribe al Dr. Jaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial. La ingenuidad de Brand es para romperle a uno el corazón. Le dice a Weizmann sobre la oferta de Eichmann; le explica que los judíos están siendo traicionados por sus líderes en Palestina, quienes colaboran con los británicos; le relata todo lo sucedido. Todavía puede aceptarse la oferta de Eichmann, le ruega, por los judíos que quedan. La respuesta de Jaim Weizmann, enviada—dejémoslo bien claro—al cabo de un ancho intervalo, fue ingresada en evidencia por Shmuel Tamir en la corte de Benjamín Hálevi:

“Rehovoth, 29 de diciembre de 1944
Sr. Joel Brand
Tel Aviv

Estimado Sr. Brand,

Le ruego me perdone por haber tardado en contestar su carta. Como seguramente vio en la prensa, he

estado viajando mucho y en general no he tenido un momento libre desde que llegué aquí. Leí su carta y el memorando adjunto y con gusto me entrevistaré con Usted un día de la semana que sigue a la que viene—digamos, por ahí del 10 de enero.

La Srta. Itin—mi secretaria—se comunicará con usted para acordar la entrevista.

Le mando un saludo afectuoso.

Sinceramente,

J. Weizmann.”— citado en Hecht (1991[1961]:229)

¿Quién puede contestar la súplica desesperada de Brand de esta forma? ¿Un gran líder de los judíos? ¿En qué penumbra de locura o maldad cínica, o ambas, se consumía Weizmann? La entrevista prometida, por supuesto, nunca sucedió. Es realmente curioso que Weizmann gastara cinco minutos enteros respondiéndole a Brand.

Joel Brand concluyó su testimonio en la corte de Hálevi con estas palabras:

“Sea que me equivoque o no, sea para bien o para mal, he maldecido desde entonces a los líderes oficiales de los judíos. Todas estas cosas me asediarán hasta el día que me muera. Es mucho más de lo que un hombre puede soportar.”—citado en Hecht (1991[1961]:229)

Conclusión

El juez Hálevi, considerando toda la evidencia presentada, falló a favor de Malquiel Greenwald. Es decir, una corte israelí,

después de ver la evidencia, falló que Malquiel Greenwald no había difamado a Rudolf Kastner, que Kastner sí le había ayudado a los nazis a exterminar más de 400,000 judíos húngaros (no fueron 800,000 porque terminó la guerra).

¿La consecuencia? ¿El gobierno de Israel recurrió la decisión a la Suprema Corte! *Nuevamente defendió a Kastner.* (Aunque aquel hubiera confesado su crimen.)

La Suprema Corte entregó un fallo dividido, lo cual mecánicamente forzaba la apertura de un caso contra Rudolf Kastner por crímenes de colaboración, y que se buscara la pena de muerte. Resultaba incómodo: ¿Acaso Jaim Cohen, el procurador general de justicia que con tanta pasión había defendido a Kastner, podría ahora lanzarse en su contra (y en contra de Ben Gurión y Sharett)? Un dilema. Pero aquello se resolvió al poco tiempo cuando Rudolf Kastner fue misteriosamente asesinado por un ‘ex agente’ del servicio secreto israelí (precisamente como advirtió Shmuel Tamir en la corte que probablemente sucedería). Alguien velaba por que no se repitieran los errores del pasado.

Habría que velar para futuro, también. Y sin duda fue por esto que Jaim Cohen recibió un asiento en la Suprema Corte.

Es una película de horror. Es la historia.

¿Pero cómo es posible? ¿Cómo es posible que líderes reconocidos de la comunidad judía se coludieran con el asesinato de su pueblo? Enseguida comenzaremos a explicarlo. Nos tomará 9 capítulos más. Cuando hayamos terminado, regresaremos al ‘Caso Kastner’ y veremos lo expuesto ahí bajo

una luz distinta. Continuará horrorizándonos, pero dejará de ser un misterio.

FUENTES

Arendt, H. (2004 [1963]). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo.

Douglas, L. (1998). The Shrunken Head of Buchenwald: Icons of Atrocity at Núremberg. *Representations*, 63, 39-94.

Hecht, B. (1991[1961]). *Perfidy*. Jerusalem: Gefen.

¹ ISRAELI CABINET ASKED TO RESIGN; By HARRY GILROY; *New York Times*; Jun 29, 1955; pg. 5

² Douglas (1998:55)

³ citado en Hecht (1991[1961]:80-81)

⁴ *ibid.* (p.91)

⁵ *ibid.*(pp.92-93)

⁶ citado en Hecht (1991[1961]:96)

⁷ *ibid.* (p.188)

⁸ Arendt (2004[1963]:286)

⁹ Hecht (1991[1961]:97)

¹⁰ *ibid.* (p.106)

¹¹ *ibid.* (p.118)

¹² citado en Hecht (1991[1961]:220)

¹³ *ibid.*

¹⁴ *ibid.*

¹⁵ *ibid.* (p.222)

¹⁶ *ibid.* (p.21)

¹⁷ citado en Hecht (1991[1961]:149)

¹⁸ *ibid.* (p.225)

¹⁹ *ibid.*(p.227)

²⁰ *ibid.* (pp.227-28)